



Seix Barral

Carmen Estrada

Odiseicas

Las mujeres en la *Odisea*





Seix Barral Los Tres Mundos

Carmen Estrada

Odiseicas

Las mujeres en la *Odisea*

© Carmen Estrada, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

© Imágenes del interior:

p. 19: GRANGER / The Granger Collection / ACI

p. 55: Alinari / Bridgeman Images / ACI

p. 193: Erich Lessing / Album

p. 267: Christie's Images / Bridgeman / ACI

p. 343: Ashmolean Museum, University of Oxford / Heritage-Images / Album

Primera edición: mayo de 2021

ISBN: 978-84-322-3872-7

Depósito legal: B. 5.899-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

- 11** *Introducción*
- 19** ENTORNO E INTERPRETACIÓN DE LA
ODISEA Y SUS MUJERES
- 21** La mujer en la sociedad arcaica
- 35** Dos poemas paralelos
- 48** La invisibilidad de las mujeres
- 55** CON MADERA DE PROTAGONISTAS
- 57** Penélope, la razón del *nóstos*
- 80** Por la belleza de la rubia Helena
- 96** Atenea, la tejedora
- 108** Arete y Alcínoo: un dueto atípico
- 116** La sabiduría de Circe
- 138** Retrato de una adolescente: Nausícaa
- 150** La reivindicación de Calipso
- 166** Euriclea, que todo lo sabe
- 178** De mujeres, diosas y monstruos

193	ROMPIENDO TÓPICOS DE GÉNERO
195	Mujeres sujeto y objeto
199	La belleza y el deseo
211	Tomar la palabra (Breve análisis lingüístico)
216	El género en los símiles de la <i>Odisea</i>
223	Cosas de hombres
229	Los motivos del llanto
234	El universo del telar
245	Redes de mujeres
249	Subversión de tópicos de género
253	El seductor universal
257	Un autor novedoso (en sentido no marcado)
267	MUJERES DE INTERIOR O EL INTERIOR DE LAS MUJERES (ETOPEYAS)
269	El secreto mejor guardado
303	Hablando entre líneas
314	Mi niño, mi señor
332	En defensa de Circe
343	LA GESTACIÓN DE UNA <i>ODISEA</i>
367	APÉNDICES
369	I. Breve resumen de la <i>Odisea</i> para lectores despistados
386	II. Términos griegos utilizados
389	III. Algunos nombres que se mencionan y que no acabo de ubicar
407	<i>Bibliografía</i>
413	<i>Agradecimientos</i>

LA MUJER EN LA SOCIEDAD ARCAICA

Los acontecimientos narrados en la *Odisea* se ambientan en la sociedad micénica, alrededor del siglo XII a. C.; se transmitieron de forma oral a lo largo de varios siglos sobre los que no disponemos de mucha información; fueron más o menos fijados tras la adquisición del alfabeto, hacia el siglo VIII a. C.; y fueron recopilados, transcritos y es posible que modificados entre los siglos VI y III a. C. La sociedad helénica en todo ese larguísimo periodo fue estrictamente patriarcal. Por ese motivo, en una primera ojeada a las mujeres que aparecen en la *Odisea*, la atención se centra en sus estilos de vida, que, como es lógico, reflejan la sociedad en la que se desenvuelven. Si no fuera así, la *Odisea* no sería un poema épico ni una novela de costumbres, sino una obra de ciencia ficción o una utopía.

Si existe alguna singularidad en el tratamiento que de los personajes femeninos hace la *Odisea*,

solo se podrá poner de manifiesto al compararla con otras obras más o menos contemporáneas. Lo común a todas ellas reflejará lo que en términos generales podemos considerar la situación de las mujeres en la Grecia arcaica y lo diferencial nos mostrará la sensibilidad específica del autor o del conjunto de autores que construyeron cada texto literario conservado. Como material de partida contamos con las obras atribuidas a Hesíodo, los dos grandes poemas homéricos y lo que recogen algunos autores posteriores que hacen mención a obras antiguas desaparecidas con el tiempo. Como veremos a continuación, bien porque el periodo que reflejan es muy largo, por la heterogeneidad geográfica o por sensibilidades distintas entre autores, existen diferencias importantes entre unas fuentes y otras respecto al tema, pero especialmente entre la *Odisea* y el resto.

En la mitología griega, al igual que en la Biblia, la primera mujer fue el origen de todos los males. Pandora, modelada a partir del barro por el hábil artífice Hefesto, vestida y adornada por él mismo y por Atenea, y dotada de palabra por Hermes, el cual también puso en su interior «la mentira, las palabras seductoras y un carácter voluble»,¹ fue entregada por Zeus como esposa a Epimeteo, en venganza por el fuego que su hermano, Prometeo, había procurado a los humanos. Aquella primera

1. Hesíodo, *Trabajos y días*, 78.

mujer, al quitar la tapa de una jarra, dejó escapar de ella los males que contenía, los cuales se diseminaron por el mundo y fueron causa de numerosas desgracias para los hombres. Según Hesíodo, que es quien cuenta la historia, «de ella desciende la funesta estirpe y las tribus de mujeres».²

A partir de una serie de papiros antiguos y de testimonios de recopiladores se han podido reconstruir una serie de fragmentos de escritos también atribuidos a Hesíodo. Rastreando en ellos los nombres de mujer, se puede observar que los verbos que con más frecuencia los acompañan son: «engendró», «dio a luz» o «alumbró». A veces se especifica que ella previamente había sido «domeñada por la fuerza» o que había «subido al lecho» de un varón.

La mujer era una desgracia para el hombre, aunque necesaria por sus servicios sexuales y de procreación.

Encontramos algunas excepciones, como las de Atalanta o Cénide. De la primera se dice: «Atalanta de ágiles pies, que se asemejaba a las diosas, se negaba a tener relaciones con la raza de los hombres y esperaba esquivar la unión con los hombres industriosos».³ Respecto a la segunda: «En el país de los lapitas, el rey Elato tuvo una hija llamada Cénide. Posidón se acostó con ella y prometió hacerla lo que ella quisiera. Ella pidió que la convirtiese en hombre y la hiciese invul-

2. Hesíodo, *Teogonía*, 591.

3. Hesíodo, *Catálogo de las mujeres*, fragmento 73.

nerable. Conforme a la petición, Posidón la hizo hombre y cambió su nombre por el de Ceneo». ⁴ Tenemos ya reflejadas en estos textos tan antiguos a una mujer que no se sentía atraída por los varones, posiblemente una lesbiana, y a una que por su deseo se transformó en varón, una transexual. Pero incluso en estos casos, lo que se cuenta de la mujer está en relación con su sexo. Cualquier otra posible actividad femenina no mereció ser registrada.

Además de estos casos que se refieren a mujeres concretas, la opinión general sobre las mismas también se expresa de forma directa. Para Hesíodo, «no hay cosa más molesta que una mujer mala, glotona, que incluso al varón que es fuerte consume y marchita y lo entrega a una vejez prematura». ⁵ Años más tarde, el lírico Semónides hace un poema a los distintos tipos de mujeres: la sucia, la arisca, la que cambia de humor, la que en todo se mete, la torpe, etc., considerando afortunado al que se casa con una mujer buena y prudente, que envejece cuidando de los hijos y «no quiere sentarse con las otras para contarse cuentos sobre el sexo», ⁶ para concluir diciendo que «la cosa más mala que hizo Zeus es la mujer». ⁷

4. Ibid., fragmento 87.

5. Hesíodo, *Trabajos y días*, 704.

6. Semónides, 5.90. En Juan Ferraté, *Líricos griegos arcaicos*.

7. Ibid., 5.115.

Aunque estas expresiones tan explícitas en contra de las mujeres no se encuentran en las obras atribuidas a Homero, muchos personajes femeninos sí aparecen supeditados a las decisiones de los masculinos. Las mujeres eran consideradas como parte de los bienes de un hombre y podían ser utilizadas como moneda de cambio, ya como hijas o esposas, ya como esclavas.

En general, las mujeres consideradas libres —en el sentido de que no eran esclavas— se casaban por acuerdos familiares, vivían en habitaciones especialmente reservadas para ellas rodeadas de sirvientas y ocupadas en labores textiles, y no intervenían en la esfera pública: no asistían a los banquetes, no participaban en los espectáculos deportivos ni tenían voz en las asambleas.

Por su parte, las mujeres que caían en la esclavitud, como consecuencia de una guerra o de una incursión de piratas, se convertían en concubinas o sirvientas. Especialmente las que eran hijas o esposas de un gran señor conferían un enorme prestigio a su nuevo dueño. Tanto ellas como las nacidas esclavas se compraban y vendían, se regalaban o incluso se podían ofrecer como premios en competiciones deportivas.

Algunos lectores actuales de la *Odisea* se sorprenden de la cantidad de pretendientes que asediaban a Penélope. Sin embargo, no era extraño que una

mujer casadera de una familia importante fuera solicitada por muchos. Según se cuenta en el *Catálogo de las mujeres*, atribuido a Hesíodo, también fueron numerosos los que pujaron para conseguir a Helena. A veces la afluencia se debía a la belleza de la mujer, de la que simplemente se había oído hablar —pues muchos pretendientes venían de tierras lejanas—. También se mencionan como valores la habilidad en el telar y, en escasas ocasiones, el buen juicio. Pero en la mayor parte de los casos el interés predominante era el de establecer alianzas entre familias.

Tener aliados era la manera de poder defenderse o, mejor aún, de hacer que desistieran de su intento posibles atacantes. No hay que olvidar que la derrota en una guerra o en un saqueo de piratas significaba la esclavitud para toda la familia y los que dependían de ella. Por tanto, las bodas eran sobre todo políticas.

Si la familia o la muchacha eran atractivas y acudían muchos aspirantes, la decisión se tomaba en función de los bienes del futuro novio y de los regalos que traía consigo. En Ítaca, uno de los pretendientes, Ctesipo, «cortejaba a la esposa del ausente Odiseo confiado en las posesiones de su padre». ⁸ Odiseo también lo deja claro ante Nausícaa: «Por encima de todos, el más feliz será aquel que, conquistándote con regalos de boda, algún

8. *Od.*, XX, 287.

día te lleve a su casa»⁹ y la propia Penélope reprocha con desparpajo a sus pretendientes: «Los que cortejan a una mujer noble, hija de un hombre rico, y compiten por ella unos con otros, suelen traer ellos mismos vacas y gordas ovejas a los familiares de la joven y le hacen hermosos regalos, y desde luego no se comen los bienes ajenos sin pagar por ellos».¹⁰

Muchos de los regalos de los pretendientes iban a fondo perdido. Los hacían para quedar bien, se casaran finalmente o no. Una vez decidido el candidato, este se comprometía con nuevos regalos, ahora ya condicionados a que el matrimonio se mantuviera y que la futura esposa no lo defraudara. En la *Odisea*, en el poema que canta el aedo Demódoco sobre las relaciones entre Ares y Afrodita, Hefesto, esposo de la diosa, dice que mantendrá a la pareja adúltera encerrada «hasta que su padre me devuelva mis regalos de boda, todo cuanto ofrecí por su hija, la de cara de perra, porque es tan bella como desvergonzada».¹¹

Los bueyes eran frecuente moneda de cambio de las mujeres, tanto de las esclavas como de las esposas. La esclava y nodriza de Odiseo, Euriclea, había sido comprada por veinte bueyes. Pero en el *Himno a Afrodita*, de la misma época, la diosa, que

9. *Od.*, VI, 159.

10. *Od.*, XVIII, 276.

11. *Od.*, VIII, 320.

quiere conquistar a un mortal, se hace pasar ante él por la hija de un rey y le dice que fue raptada cuando estaba jugando con otras muchachas «valiosas por muchos bueyes»,¹² las cuales no debían de ser esclavas.

También se hacían regalos al novio por parte del padre de la novia, o más bien eran bienes, esclavos incluidos, que la mujer llevaba a su nueva casa, lo que habitualmente se conoce como *dote*, aún vigente en muchas culturas. En caso de terminación del matrimonio, los bienes que constituían la dote debían ser también devueltos al padre junto con la hija. Si Penélope decidiera casarse de nuevo, debería entregar al hijo la propiedad y regresar a la casa de su padre, Icarío, junto con los regalos de boda que trajo de ella, para que este la entregara de nuevo con esos u otros presentes al siguiente marido. Lo mismo ocurriría si Telémaco enviara a su madre a la fuerza de vuelta a casa de Icarío, como le sugieren los pretendientes. «Malo es para mí —dice Telémaco— restituirle muchos

12. *Himno homérico*, V, 119. Afrodita pretende seducir a Anquises, con el que posteriormente tendría un hijo: Eneas. Se hace pasar por una mortal, hija del rey de Frigia, y le dice: «Muchas éramos las ninfas y doncellas, valiosas por muchos bueyes, que jugábamos, y en redor nuestro una multitud inmensa nos circundaba. De allí me raptó el Argicida de áurea varita...».

presentes a Icario, si yo, por decisión mía, le reen-
vío a mi madre.»¹³

En el caso de Helena triunfó el más rico, Menelao —el cual, a su vez, como consecuencia de su matrimonio se convirtió en rey de Esparta—. En otras ocasiones se establecían competiciones deportivas para decidir el futuro marido. En la mitología, Hipodamía sería entregada como esposa al que fuera capaz de vencer a su padre en una carrera de carros. La propia Penélope se casó con Odisseo tras resultar este vencedor en el concurso de carreras que impuso Icario a los pretendientes, según cuenta Pausanias.¹⁴ No era sorprendente, por tanto, que estableciera el certamen del arco para elegir con quién se habría de casar por segunda vez. Aunque desde nuestros días lo veamos como una extravagancia, a nadie en Ítaca le resultó extraño.

De acuerdo con la situación tan precaria de las mujeres en la sociedad, estas carecían también de individualidad desde el punto de vista literario, pues a todas se les asignaba la misma serie de epítetos formularios que destacaban su belleza, su estatura, su habilidad como tejedoras y, a veces, su buen juicio.

13. *Od.*, II, 134.

14. Pausanias, *Descripción de Grecia*, III, 12, 1.

En la *Ilíada*, la guerra de Troya se presenta como consecuencia de una culpa femenina, el adulterio de Helena: un terrible castigo para un terrible delito, que ni siquiera se sabe si cometió. Helena y las mujeres troyanas ocupan el telón de fondo de la guerra. Aparecen en este poema personajes femeninos desarrollados, dotados de sentimientos propios, que hablan con algunos de los héroes guerreros en torno a la situación de los combates y de la ciudad. Las mujeres no están necesariamente recluidas, pues acuden en ocasiones a las murallas para seguir la evolución de los enfrentamientos, o a los templos a hacer ofrendas o rogativas. Pero todas ellas existen en tanto que son esposas, madres, hijas, hermanas o concubinas de los hombres que batallan. Respecto al campamento aqueo, en el que las únicas mujeres son las esclavas, Briseida también aparece como culpable del enfrentamiento entre Aquiles y Agamenón que da pie al argumento de la *Ilíada*, como una versión más focalizada de la culpa de Helena, cuya consecuencia fue la totalidad de la guerra. En cuanto a las esclavas no individualizadas, se presentan como meros objetos. Durante los funerales en honor de Patroclo, se celebran certámenes cuyos premios son «calderas, trípodes, caballos, mulas, cabezas de reses, mujeres de bellos talles y grisáceo hierro».¹⁵

15. *Il.*, XXIII, 259.

En la *Odisea* el tratamiento de las mujeres es claramente distinto. Aunque enmarcadas en el mismo contexto y presentadas siempre sentadas junto a la rueca o el telar, en cuanto entran en acción su comportamiento presenta muchos elementos novedosos. Para apreciar bien las innovaciones que introduce la *Odisea* es conveniente diferenciar en ella los versos o las expresiones que proceden de la tradición oral, que se incorporan al construir los cantos de forma casi automática y que por tanto tienen escasa significación, de lo que es nuevo y propio de la autoría de la obra. Esto es hasta cierto punto factible porque el material tradicional se suele presentar en forma de epítetos, pequeñas frases o incluso escenas típicas que se repiten en varias ocasiones con las mismas palabras, tanto en la *Ilíada* como en la *Odisea*, porque encajan bien en el ritmo y medida de los versos. Es lo que se conoce como *material formular* o *fórmulas*. Lo novedoso respecto a las mujeres hay que buscarlo en los versos no formulares, los que podríamos llamar *versos de autor*.

Es ahí donde aparecen rasgos que no solo no corresponden a la norma general impuesta sino que representan una transgresión de la misma. Por ejemplo, se esperaría que la ayuda al protagonista llegara de manos de sus compañeros guerreros, navegantes o aventureros, pero son los personajes femeninos los que por decisión propia actúan activamente como auxiliares, y a través de su sabidu-

ría, su ingenio o su astucia, contribuyen a solucionar los conflictos del héroe y le permiten salir airoso de sus dificultades. Las mujeres presentan una personalidad definida que se deduce de su comportamiento, no de sus epítetos. El autor es consciente de esta anomalía y para algunas de ellas utiliza los mismos adjetivos que se aplican habitualmente a los varones.

De forma paralela a la aparición de estas mujeres coprotagonistas, en la *Odisea* desaparecen de la escena las ofrecidas como premios en las competiciones de hombres, así como las adquiridas o robadas para ser concubinas. Tampoco hay ninguna que, contra su voluntad, sea destinada a un matrimonio forzoso.

Podríamos decir que en líneas generales, y al contrario de lo que ocurre en la literatura contemporánea conservada, las mujeres de la *Odisea* son respetadas.

Si en la *Iliada*, así como en epopeyas de otras culturas, el valor más apreciado es la victoria en la lucha que se consigue mediante la valentía y el coraje, en la *Odisea* ese valor está en el *oïkos*, el hogar, y consiste en la *homophrosýnē*, el buen entendimiento, la armonía de pensamiento entre los esposos. Aparece ejemplificado en la pareja que forman los reyes feacios, Alcínoo y Arete; Odiseo desea que se cumpla para Nausícaa cuando se case y la pareja

protagonista, Odiseo y Penélope, luchan por recuperarla a lo largo de toda la obra. Incluso el viejo Laertes renunció al concubinato por respeto a su mujer, a la que sigue llorando muchos años después de su muerte.

El enfrentamiento violento no se rehúye, pero su objetivo es la recuperación de la paz doméstica. El ideal del *oïkos* se impone al de la guerra. Y es esa atmósfera la que da libertad a las mujeres para expresarse y actuar. Es la que permite que Arete tome decisiones en el gobierno de Esqueria, la ciudad utópica, o que Nausícaa tenga la osadía de reprochar a un hombre no haber sido sensible a sus avances. Es ese ambiente de interior el que facilita también que sea Penélope y no Odiseo quien haga el último *tour de force* en el reconocimiento mutuo entre ambos esposos.

De acuerdo con este cambio de paradigma, frente al adulterio de Helena, que en la *Ilíada* se considera merecedor de una guerra y de muchas muertes, la *Odisea* narra el adulterio de Afrodita y Ares en tono jocosos, de modo que provoca la risa de todos los dioses del Olimpo.

El supremo objetivo de los protagonistas de la épica, como manifiestan abiertamente muchos personajes de la *Ilíada* y la *Odisea*, es alcanzar la fama para que su nombre sea recordado por los hombres venideros. Esa fama procede de los hechos del héroe, pero también de la capacidad persuasiva del aedo que los cante. Quiquiera que

fuera el aedo creador de la *Odisea* nos transmitió un canto que, casi tres mil años después, nos da testimonio de la fama del héroe Odiseo, pero también de la de esas mujeres, ejemplificadas en la figura de Penélope, que, a pesar de las dificultades de estar en el interior, porque no tenían otra opción, consiguieron influir y transformar el medio que las rodeaba, oponiéndose a la insolencia y la bravuconería de los varones con la astucia y la inteligencia, en las que eran capaces de medir sus fuerzas en igualdad de condiciones.